

Es extraño, sigue observando el autor, que la más antigua composición escrita que se conserva en lengua romance, sea un enigma, cuyo objeto es la misma escritura de quien lo anotó. Esto se explica, no obstante, si se piensa en la crisis que atravesaba la sociedad occidental. De hecho, a partir del siglo V, la supervivencia del espíritu se identificó con el libro, o sea con el único instrumento capaz de asegurar la permanencia de una fe y un pensamiento: «Se trataba de salvarse de un naufragio: Alarico había incendiado Roma; Teodorico, encarcelado a Boecio, Justiniano, cerrado la escuela de Atenas, Omar, destruido la biblioteca de Alejandría. Al mismo tiempo que se volvía escaso, el libro se cargaba de significados más vitales»³.

Cerremos el libro de Zumthor con esta cita. Si nos detenemos aquí es porque el texto de Löwenthal parece continuarlo. Originalmente denominado *Calibans Erbe* (*La herencia de Calibán*), su disquisición, traducida al italiano como *Il rogo dei libri* (*La hoguera de los libros*), fue leída en el cincuentenario de la quema de libros cumplida en Alemania en 1933. Vinculándolos con análogos desastres realizados por los alemanes un siglo antes, el estudioso se estrella contra los exponentes de la historiografía revisionista, o sea contra aquellos que han buscado, y buscan todavía, remover o minimizar los horrores del nacionalsocialismo.

Como nos lo recuerda el filme de Peter Greenaway *Prospero's book*, Calibán es el esclavo obtuso y malvado que intenta asesinar al humanista Próspero, incitando a sus cómplices a quemar la biblioteca de la víctima. Y bien, el trágico calendario estilizado por sus sucesores resulta lleno de fechas, encaminadas a celebrar lo que el historiador Peter Brown ha denominado «la pornografía del poder». Desde la China hasta Europa, desde el mundo árabe a México, la destrucción del libro puede ser reconducida hacia tres exigencias perversas: la extinción de la historia (la llamada «digestión» del pasado), la acción histórica de los desvalijadores (por el exterminio físico de los portadores del contagio intelectual) y la liquidación del sujeto (hasta su total atomización). «Extinción de la memoria, extinción de lo específico, declaración de guerra al individuo, recaída de la continuidad histórica dotada de sentido en la nada, en el caso, en suma: transformación del espacio histórico en naturaleza bruta»⁴. La mágica orgía de destrucción del Otro, su *damnatio memoriae*, da vueltas en torno al libro.

(Una intención análoga, pero con fines muy distintos y otras implicaciones, resonará en la exclamación del Fausto de Marlowe dirigida a Mefistófeles, amenazándole inútilmente antes de desaparecer: «Quemaré mis libros». Ha comentado al respecto Michel Leiris en su *Langage tangage*: «Quemaré mis libros. Es el último cartucho, el último recurso, el último escupitajo. Quemar con las propias manos todo lo que ha adorado. Abdi-

³ P. Zumthor: *Lingua*, texto, enigma, traducción de M. Ugolini, Melangolo, Genova, 1992, pp. 36/7.

⁴ Leo Löwenthal: *Il rogo dei libri*, trad. de M. Boffito, Melangolo, Genova, 1992, pp. 363 y 39.

cación total. Terror tan loco que, de un solo golpe, traiciona todo cuanto había fundamentado su vida y, con el mismo golpe, lo envía a la nada, puesto que, para esquivar el infierno, no vacila en cortar la rama en la que estaba sentado, destruir por combustión lo que era su razón de ser»⁵. La hoguera voluntaria de las obras como extremo auto-da-fe, o sea justamente lo opuesto de Giordano Bruno).

Ciertamente, existen también otras formas de destrucción, formas, por así decirlo, positivas. Se encuentra un ejemplo en la novela de Víctor Hugo *El noventa y tres*, donde tres niños encerrados en una biblioteca destruyen los preciosos ejemplares abandonados entre sus manos de «ángeles rapaces». La gravedad del gesto induce al escritor a hablar de exterminio: «Un majestuoso volumen que pierde su dignidad tiene algo de trágico»⁶. En todo caso, como ha notado el crítico Víctor Brombert, en estas páginas tiene lugar el descubrimiento de que la verdadera esencia del libro trasciende a su materialidad. «Mariposas» grita la pequeña Georgette cuando los papeles arrancados ondean en el viento. Para continuar existiendo, parece afirmar Hugo, el libro necesita desaparecer, diseminarse. Es justamente éste el sentido de la frase que cierra el episodio: «La masacre acabó desvaneciéndose en lo azul».

Destrucciones fecundas, entonces. Sin embargo, siempre queda alguna duda al respecto, si se piensa que el joven Stalin, seminarista en Tbilisi, fue castigado con una larga reclusión en su celda, precisamente al ser sorprendido leyendo esta novela.

Si el monumento al filósofo en Campo dei Fiori es un bronce ennegrecido y macizo, tanta oscura y tremenda pesadez hace volver a la mente, por contraste, una página que el escritor francés Victor Segalen compuso sobre el Oriente. En ella se lee: «Aquí el monumento es efímero y ligero. Precario, colorido, bizarro, fugitivo y poco sólido... En compensación, no obstante, posee otra potente cualidad: es móvil, y su orden de pabellones, sus caballerizas de impetuosos techos, sus palios, sus ruedas de nubes y llamas... su escenografía, sus cotés, su estructura, están siempre dispuestos, perpetuamente dispuestos a la partida... son nómades»⁷.

La cita consiente establecer una analogía y formular un augurio. La analogía es aquella entre el destino de Rushdie y la forma del monumento oriental. A pesar de que en su aproximación se pierda toda la festiva solaridad de la primera imagen, haría falta intentar una relación entre la desaparición del escritor (ausencia, fuga, eclipse) y la construcción de un verdadero monumento, no a la memoria, sino al futuro. Una estela por venir, invisible.

Naturalmente, el deseo de todos es que el horror de la condena cese. No obstante ello, es necesario subrayar que nada podrá cambiar cuanto ya ha

⁵ Michel Leiris: *Langage tangage ou Ce que les mots me disent*, Gallimard, París, 1985, pp. 73/4.

⁶ Victor Hugo: *Novantatré*, trad. de F. Saba Sardi, Mondadori, Milano, 1983, p. 254.

⁷ Victor Segalen: *Briques et tuiles*, Fata Morgana, Montpellier, 1975, pp. 31/2.

ocurrido. La muerte civil de Rushdie deberá, de hecho, permanecer ante nuestros ojos con la misma y negra brutalidad del bronce dedicado al nolano. No servirá ninguna estatua: será suficiente el sutil trayecto mental de un viaje, la línea secreta trazada sobre el mapa de la dignidad y el coraje, una estructura ligera que se mueve con el aliento, como un móvil de Calder. Nada más.

Resulta inútil negarlo: la retórica, o, por mejor decir, la prosopopeya, es paralela a ciertos discursos. Pero no hay nada que temer. De hecho, este segundo término (por otra parte, convertido en sinónimo del primero para designar todo tipo de énfasis) ¿no está acaso para indicar, a través de su etimología griega, el concepto mismo de personificación? «Figura gracias a la cual se hace hablar o actuar a una persona evocada, un ausente o un muerto»: ¿cómo no admitir en la historia de Rushdie una enésima encarnación, la más reciente y célebre, de la libertad de pensamiento?

Prosopopeya en el sentido literal de la palabra, entonces: de *prosôpon*, «persona», o sea transformación trágica de lo abstracto en concreto, metamorfosis irreversible de una idea en experiencia. He aquí lo que nos enseña el sufrimiento del escritor inglés. Nuevo e inesperado Giordano Bruno de la era telemática, ha puesto en escena la lucha contra las verdades reveladas por una, o mejor dicho, *por la* religión, y haciéndola ha asumido, hasta el sacrificio de la vida privada, el rol crítico del intelectual. Como ha observado Wystan Huges Auden en su *Secondary world*, existen cuatro tipos de hombres (en el mito, en la historia y en la literatura), de los cuales se puede decir que la muerte representa el elemento significativo de la vida: la víctima sacrificial, el héroe épico, el héroe trágico y el mártir. Este último corresponde a una víctima sacrificial «pero en su caso él elige ser inmolado»⁸.

Entonces, las sociedades civiles deberán luchar para que el martirio del escritor inglés no se consume, pero sin olvidar que, en cierto modo, ya se ha cumplido. No nos queda más que alimentar el culto, culto no tanto a Rushdie, sino a su gesto. Custodiemos una imagen mental, una de aquellas huellas mnemónicas indelebles con las cuales soñó el fraile dominico quemado por la Iglesia. Y que sea nuestro talismán.

⁸ W.H. Auden: *Secondary world*, Faber, London, 1968, p. 14.

Valerio Magrelli

(Traducción: Blas Matamoro)

Cuadernos Hispanoamericanos

DIRECTOR: **Félix Grande**
SUBDIRECTOR: **Blas Matamoro**
REDACTOR JEFE: **Juan Malpartida**

**Complete su colección monográfica
de *Cuadernos Hispanoamericanos***

Valle-Inclán **	Vicente Aleixandre ***
Rubén Darío **	Octavio Paz ***
«Azorín» **	César Vallejo ****
Menéndez Pidal ***	Juan Ramón Jiménez ***
Unamuno **	Ernesto Sábato ***
Pérez Galdós ***	Ortega y Gasset ***
Pío Baroja ***	Juan Rulfo ***
A. y M. Machado **	Pedro Laín Entralgo **
G. Miró y B. de Otero *	Ramón Carande *
Dámaso Alonso ***	José Antonio Maravall **
Francisco Ayala **	Rafael Alberti **
Luis Rosales **	Jorge Luis Borges ***

* 1 número 1.000 pts. ** 2 números 2.000 pts. *** 3 números 3.000 pts. **** 4 números 4.000 pts.

Pedidos y correspondencia: Administración de **Cuadernos Hispanoamericanos**
Instituto de Cooperación Iberoamericana. Agencia Española de Cooperación Internacional.
Avda. de los Reyes Católicos, 4. 28040 Madrid (España). Teléfonos (91) 583 83 99 y 583 83 96